

Luisa Valenzuela

ESCRITURA Y SECRETO

Introducción

En tierras de don Alfonso Reyes, maestro de maestros, señor de la elegancia estilística, de la sabiduría y el humor, parecería un descaro ponerse a hablar en general sobre escritura y lenguaje, si no fuese porque la escritura se nutre con avidez del descaro. De no ser así, nadie escribiría, nadie se lanzaría a la riesgosa aventura de sacar algo de la nada que es el acto de hacer arte.

Con palabras confeccionamos a diario nuestra comprensión del mundo que nos rodea. La cosmogonía de cada uno se ve limitada o expandida por las dimensiones de su vocabulario. Tejemos un punto tras otro al ir anotando palabras, y como Penélope podemos armar una larga bufanda destejible, con intención espuria, o emprender la confección de alguna prenda más compleja. Habrá entonces que cerrar acá, agregar puntos allá, avanzar y retroceder, y no hay patrones disponibles. No hay patrones o moldes si se quiere producir algo distinto: escribir de verdad. Y la concatenación de frases, es decir el tejido conviene no olvidar, ya lo destacó Mary Daly, que textos y textiles son equivalentes porque derivan de la misma voz latina, *textere*-, va cobrando una forma a menudo sorprendente que, al menos en mi experiencia, resulta mejor cuanto más logra sorprenderme.

Cierta medida de desparpajo y osadía se necesita para cabalgar la contradicción, ese potro lleno de mañas. La urgencia de decirlo todo en libertad, sin cortapisas, debe equilibrarse con un rigor de cirujano para no irse en palabrería inútil, para mantener siempre a raya los fáciles desbordes de la imaginación y la verborragia. Como avanzar a todo galope con la rienda corta o como remontar un papalote que puede bailar en la desmesurada libertad del aire siempre y cuando sepamos mantener la exacta tensión/distensión del hilo que muchas veces nos lastima, que con mil maniobras inesperadas intenta deslizarse de nuestras manos y al que no debemos si queremos escribir bien- soltar jamás.

Del hilo hablaré más adelante. El hilo narrativo.

Como presentación baste decir que elegí para esta insigne cátedra diversos acercamientos al tema de la escritura. En la conferencia magistral abordé el tema "Escritura y Secreto", el Secreto en tanto enigma o misterio de la vida al cual la literatura, hecha del puro lenguaje, trata de acercarse empujando en lo posible el límite de lo

inefable. Aquí ofrezco una versión corregida y muy aumentada en la que incluyo nuevas reflexiones y también una nueva combinatoria de fragmentos escritos para otras circunstancias que tienen relación directa con el tema.

En cuanto al curso propiamente dicho, elegí no dictar un seminario o una serie de conferencias sobre el arte de la ficción -que cada uno deberá ir descubriendo por su cuenta, si es que quiere meterse de lleno en este maravilloso y maldito oficio-, sino organizar un taller de escritura. Breve el taller y breve la forma de narrativa propuesta, el microrrelato. Un taller concebido para estimular la imaginación y enfocar la llamada realidad desde infrecuentes ángulos, es decir de manera literaria, y que aquí propongo por escrito.

Las dos partes se conjugan y pueden ser usadas como instrumentos exploratorios por quienes quieran internarse en el bosque de la escritura y quizá traer de regreso algún tesoro propio, o al menos atisbarle la cola al lobo. Pero recuerden: en estos terrenos la brújula infalible no existe, debemos reajustarla a cada paso.

Alrededor del Secreto

Wittgenstein quiere explotar lo decible (de la ciencia) para proteger lo inefable (de la ciencia). Delineó los confines de la isla para poder tocar con la mano los límites del Océano. Hay más cosas en el cielo y en la Tierra que todos esos bienes preciosos que nuestra razón puede captar y dominar.

DARIO ANTISERI

Qué quiere decir ser racionales

El umbral, las cavernas y algo más

No hay literatura sin Secreto. Desde sus comienzos, la escritura ha girado alrededor de un punto nodal, quieto y en apariencia inexistente como el ojo del huracán. Un punto que oficia de invisible sol al sostener y generar el conjunto de planetas que son las palabras, las frases, los párrafos organizados en forma narrativa, ese universo dentro del cual nos movemos nosotros, los bípedos implumes esclavos del logos.

Durante largos siglos dicho sol fue llamado Dios por los filósofos y llegó a ser radiante. Hoy, con Nietzsche de intermediario, se nos ha vuelto oscuro -o mejor dicho, hemos logrado reconocer su lado oscuro- y ya no tenemos un vocablo exacto para definirlo. No por eso ha perdido su calidad de polo magnético, atractivo y repelente a la vez, y uno de los nombres con los cuales podemos identificarlo es el de Secreto.

El Secreto, al igual que el mal, según Baudrillard, permea todas las cosas. Con la escritura, con la intuición o la razón, es decir navegando las turbulentas aguas del lenguaje, siempre alcanzaremos una región donde el Secreto, como el oscuro objeto del deseo, se yergue sólido y la vez inasible. Porque el Secreto al que aludo tiene su morada más allá de las palabras, pero un pasito apenas.

Desde la ficción tenemos sólo una forma de tratar al Secreto: con respeto casi místico, amándolo de la manera como se dice hacen el amor los puercoespines: con sumo cuidado. Puercoespín el Secreto erizado de púas que pueden desgarrarnos y ¿qué nos quedará después?, sólo las púas, porque el Secreto nos las ha disparado desde lejos y él ya está en otra parte. Quedamos así convertidos en erizos, nosotros, con las puras púas del Secreto clavadas como dardos. No nos corresponde intentar punzarlo con sus propias espinas; con sólo proponérselo, el Secreto se desinfla como globo y ya no es más lo que era, o no está más en el lugar donde antes era. Al escribir evitaremos entonces la banal osadía (casi diría la afrenta) de querer develarlo. Razón por la cual propongo la idea de *traspasar* el Secreto, en el sentido de transferir, atravesar, horadar y hasta quebrantar como sería el caso con una ley o precepto-. O en el sentido de trasladar, transgredir. Trasponer, como quien cruza un puente o va más allá del sitio establecido.

¿Traspasar o trasponer qué? Precisamente (debido a que nos hemos metido en el tormentoso mar de las definiciones) aquello "que se mantiene oculto, que no es aparente ni visible, que disimula sus sentimientos. Reservado".

Reservado, oculto incluso para nosotros mismos. En referencia por supuesto al más desgarrador e intenso de los secretos, aquel que nos pondría en contacto con el meollo del conocimiento. Aterradora propuesta para el simple mortal cuando encara tanto la literatura como la vida, una y la misma cosa si hablamos de la persona, quien en el acto de escribir intenta aproximarse al corazón de lo inefable, es decir al siempre inalcanzable núcleo de lo simbólico. Recordemos que inefable es aquello que no puede ser dicho con palabras, aquello para lo cual todo el vocabulario humano y su casi infinita combinatoria no alcanza.

Borges solía hablar con cierto estremecimiento de un viejo monje zen, encontrado en su primera visita al Japón, quien le había asegurado que la experiencia budista de la iluminación era algo imposible de explicar a aquel que no la había experimentado. Creo que Borges, al repetir la anécdota, pensaba en los límites del lenguaje, o más bien en su desafío.

"El secreto del secreto", dice Derrida en *Donner la mort*, "reside en que no se trata de conocerlo y que está allí para nadie", pero su presencia es ardiente y el animal humano, desde siempre confrontado con el misterio de la vida, atento a la propia mortandad, hierva en su caldero.

En la básica pregunta ontológica, siguiendo a Derrida y compañía, importa menos saber quién soy que saber quién es ese *yo* que se plantea la pregunta. Hoy el tan mentado *cogito* cartesiano se analiza desdoblado: el *yo* que piensa no es el mismo *yo* que existe, hay un desplazamiento entre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado. Un *yo* subjetivo y otro objetivo. Tema que desvela a los filósofos y estimula a los escritores. Susan Sontag, pongamos por caso, al hablar de sus libros aclara que no son toda ella aunque algunos son más que ella, y dice: "El '*yo*' que escribe es una transformación -una especialización, una superación en vista de ciertas metas y lealtades- del '*yo*' que vive". Y agrega: "Decir que hago mis libros suena verdadero sólo en forma trivial. Lo que en realidad siento es que están hechos, a través de mí, por la literatura, y yo soy su sirvienta (de la literatura)" (*Singleness, Where the Stress Falls*). A partir de lo cual la cosa se va volviendo más compleja y envolvente, retomando el juego inaugurado por ese breve texto señero, *Borges y yo*. Muchos recordarán las primeras líneas: "Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel...".

No se trata de un ejercicio novedoso, se trata de un juego eterno, universal y violento como se estipuló con otra connotación en la Venecia del Renacimiento. Próspero- y Calibán (o Cáliban, como prefiere el poeta Roberto Fernández Retamar), Frankenstein y su monstruo, Dorian Grey y su retrato, Lucas (el de Cortázar) y la cabeza de la hidra. Desdoblamientos que llevan implícita la conciliación. "No sé cuál de los dos escribe esta página", concluye el texto de Borges sobre "Borges". Sontag en cambio cierra su ensayo avanzando un casillero y dice: "por fin he llegado a sentir que la escritora soy yo: no mi doble, ni mi familiar, ni mi sombra amiga, o mi creación". El Ouroboro una vez más se muerde la cola, pero ya no es la misma cola, le ha crecido una nueva, cada vez una nueva y distinta, como la cabeza de la hidra.

Freud habló del inconsciente como de "un saber no sabido", imprecisa locación donde quisiera posicionarme para penetrar el tema del secreto sin violentar el Secreto. No se tratará en absoluto de encarar el secreto con minúscula, en su forma banal y cotidiana, ese conocimiento preciso e inoportuno o vergonzante que quisiéramos ocultar a los ojos de los demás, el mismo que Kundera definió tan bien en *Identity*, su novela de 1998, por boca del protagonista: "De todas maneras, se preguntó, ¿qué es un secreto íntimo? ¿Es allí donde escondemos lo que es más misterioso, más singular de un ser humano? ¿Son acaso los secretos íntimos que hacen de Chantal ese ser único que él ama? No. Aquello que la gente guarda en secreto es la cosa más común, más vulgar, más prevaleciente, lo mismo que todos tienen: el cuerpo y sus necesidades, sus enfermedades, sus manías...".

Sumándose a los secretos fisiológicos, esas vergüenzas que pertenecen al orden de lo privado, es muy vasta la variedad de secretos con minúscula, minúsculos algunos, verdaderos antisecretos que carecen de interés para la exploración que propongo. Podemos pensar en los secretos que la novela de suspenso hila y aplaza, los famosos *who-done-it* de la literatura policiaca tradicional. Cuando finalmente se devela la identidad de "quien lo hizo", el secreto -que es sólo tal en apariencia- automáticamente muere. Muere de muerte terminal y el verdadero crimen literario queda así consumado, sin dejar espacio alguno o sin ir armando napas, como estratos subterráneos, para que quienes leen puedan continuar la lenta tarea espeleológica de captar entre líneas y, escuchando los silencios, armar por fin el rompecabezas de aquello que el texto dice más allá de las palabras, en sus silencios y entrelíneas.

Múltiples son los secretos inocentes o culpables que configuran el aspecto cotidiano de este vocablo en esencia bifronte, multiplicador infinito. Muchos de estos secretos configuran a veces una huella oculta, pero huella al fin, y como tal, transitable, que por momentos puede acercarnos al Otro, el inasible, inefable Secreto de la vida y la muerte.

Podríamos hablar en estos casos de un panteísmo del Secreto. Bibliotecas enteras se han escrito a lo largo de los siglos con la intención de husmear en las zonas más remotas donde el Secreto humano despliega sus tentáculos, sus adherencias, sus filamentos urticantes como los del aguaviva. Con ellos el psicoanálisis intenta tejer una red para cazar las pulsiones del llamado inconsciente, ese "descubrimiento" de Freud abarcador de una oculta realidad de incalculable complejidad y riqueza. El Otro de Lacan, el que conserva la secreta memoria del olvido.

Tras las huellas de Lacan puede decirse que el ser humano es un extraño en esa morada de nadie llamada lenguaje, definido por él como "aquello que cobra cuerpo sólo por el hecho de ser la marca de la nada". Pero qué marca más profunda. Hace pensar en la marca de agua de los billetes, única garantía de su autenticidad; autenticidad engañosa, como todas, porque el antiguo "respaldo oro" ha acabado por convertirse en otra de las grandes ficciones del mundo moderno y, por otra parte, ¿quién respalda la palabra auténtica, suponiendo que tal cosa exista, ahora que Dios sólo parecería hablarle a los fundamentalistas y éstos han convertido su propia palabra en dogma, en discurso excluyente?

Permítaseme narrar un sueño de estos últimos meses; al fin y al cabo, como ya ha quedado establecido por la tradición, las palabras son el material del que están hechos los sueños (¿o será viceversa?).

En tierras de Oneiros estaba asistiendo yo a un seminario sobre filosofía cuando uno de los maestros dijo: "A mayor conocimiento, mayor el vacío en el cual se encuentra el filósofo". Entonces levanté la mano y dije: "Desde este punto de vista podemos entender la frase de Sócrates, 'sólo sé que nada sé', como una forma de generar el vacío, llenándolo al mismo tiempo".

Los sueños son sabuesos del Secreto, husmeadores de aquello que se nos escapa como el agua entre las manos y sin embargo está allí, tan al alcance. Así lo supe o lo supuse al despertar del sueño del seminario, mientras todavía las palabras vibraban como nuevas y dichas de verdad. Y me deslumbró la pregnancy de ese *nada* socrático tan lleno de promesas, tan preñado de aperturas a otras posibilidades (una concepción moderna, como pude reconocer en cuanto cobré un poco más de vigilia, puesto que los antiguos griegos ignoraban el concepto de vacío, esa nada con la cual Sartre tan desaprensivamente nos metió en el existencialismo).

Durante el romanticismo, el *terror vacui* instauró la necesidad de llenar el vacío. La literatura actual, en cambio, recorta y escarba en el no-saber-nada, a sabiendas de que ahí, dentro del mismo no-saber, late eso que empuja hacia adelante la narración. Entonces el o la novelista se pondrá a construir en el reino del lenguaje, piedra sobre piedra, palabra tras palabra, con levedad y exactitud como quiso Italo Calvino respondiendo al llamado del vacío. Escribir ficción es una búsqueda de tácitos secretos que nos irán acercando al calor del invalorable e inalcanzable Secreto.

Muchas veces escribimos y escribimos para acabar tirando todo al canasto de papeles porque no alcanzamos a vislumbrar ni de lejos la oculta semilla, el nódulo, aquello absoluta y totalmente ignorado pero de una latencia tan presente que justifica y hasta impone la necesidad de narrar esa precisa historia. Al igual que Peter Mathiessen partiendo en aventurada búsqueda del leopardo de las nieves en el Himalaya y encontrando sólo sus excrementos (pero entonces el casi mítico animal existe y no está lejos y eso justifica y ennoblece el viaje con todas sus penurias). O como quien enfoca una luz en las profundidades submarinas y avizora el reflejo de las escamas de un bello pez y sabe que el pez se escabulle hacia alguna región ignota y debe conformarse con ese fugaz destello. De nada le valdrá sumergirse más hondo y menos aún encender nuevos y más potentes focos. La luz invariablemente generará sombras; cuanto más poderosa la luz, más intensa la sombra. Un intento desaforado de iluminar el Secreto sólo habrá de reforzarlo o de insinuar un aspecto aún más recóndito del mismo.

A raíz de lo cual, si Flaubert dijo -como se supone que dijo- "Madame Bovary soy yo", en lugar de abrirle a la lectura una brecha personal enrareció el aire con la identificación directa, haciendo de las aguas vivas del fluir literario un lago encajonado y robándole a Emma Bovary su condición de símbolo. El espejo en el cual usted o yo podríamos mirarnos para encontrar algún reflejo de nuestros propios ojos nos ha sido arrancado de la mano por el autor en un acto de reapropiación, excesivo, por cierto, porque ¿no es acaso cada personaje parte del autor? Parte pero no todo, no todo hasta imposibilitar la existencia de ese otro al que se refirió Rimbaud cuando supo, y lo supo para la humanidad en pleno, que "yo es otro".

Podríamos conjeturar -para usar el verbo favorito de Borges- que cuando las sucesivas teorías críticas o literarias son superadas o se vuelven obsoletas nunca logramos desecharlas del todo como descarta la víbora su vieja piel. No son cáscaras vacías las teorías, y valga la rima, porque la mente humana trabaja de manera casi geológica y va superponiendo capas, estrato sobre estrato, de eso que parece ser un simple apilamiento de teorías, algo externo y prefabricado, pero que en realidad es una traducción rudimentaria de nuestras sucesivas y cambiantes formas de percibir el mundo. Así como el mundo cambia y nosotros lo percibimos de otra manera -y bien que estamos asistiendo a un gran cambio hoy día-, es también cierto que el mundo cambia *porque lo percibimos* de otra forma. Alguna relación tendrán estos cambios con las fluctuantes cosmogonías subatómicas que el ojo del observador modifica, según nos dicen la microfísica y el principio de incertidumbre de Heisenberg. Vaya una a saber cómo se traducen dichas modificaciones en el mundo tangible.

¿Vaya una a saber? Algunos/as novelistas lo supieron mucho antes de la microfísica. Y por ende lo analizaron los críticos, y el círculo se cierra y se vuelve a abrir hacia un nuevo estrato porque el ojo observador ha logrado observar la llamada realidad desde un ángulo hasta ahora inédito.

Las teorías son instrumentos, sistemas para intentar entender aunque sea tangencialmente, de costado, dado que el significante -la palabra, la comprensión- jamás podrá superponerse al significado. Sólo trasposiciones, traslaciones, traducciones de lo intraducible: la llamada realidad.

En menos de cincuenta años transitamos del estructuralismo al postestructuralismo, de la deconstrucción al posmodernismo, de allí al poscolonialismo. Mucho post, como si todo ya hubiese pasado. Incursionamos también por rutas secundarias y desvíos, algunos callejones sin salida, y todos y cada uno de los caminos fueron dejando su marca porque nos llevaron a atisbar algún aspecto del Secreto.